

# Una santa con pendientes

Débora

¡Hola amigos!

Para unirme a las beatificaciones recientes, se me ocurrió compartiros la historia de una buena amistad. Hace años, encontré una fotografía de Victoria en el banco de una Iglesia. Me encantaron su sonrisa y sus largos pendientes. ¡Dios mío! Danos una santa con pendientes. Lo necesitamos. Fui investigando hasta dar con una teresiana de las del P. Poveda que me informó. Gracias a ella pude seguir, desde casa, la beatificación de Victoria.

Redacté una nota para una revista, en la que salían a relucir los grandes pendientes. Por miedo a una obsesión, abrí la Biblia. Y esto fue lo primero que vieron mis ojos: “¡Gracias son tus mejillas entre los pendientes!” (Ct 1,15). Me quedé de piedra.

Victoria me hizo un gran favor. Un día, cogí el AVE y fui a Córdoba a llevarle una rosa. Su tumba está en una cripta de la casa de las teresianas, que es además una joya arqueológica. Al anoecer estaba de vuelta en Madrid.

Ahora espero su canonización porque, tal como está la enseñanza, tener una maestra protegiéndonos no vendría nada mal. Me muero por ir a Roma. Ojala nos encontremos todos allí.

**¡Animo, adelante!**

Victoria Díez, una sevillana de 33 años, fue la primera mujer que murió en la guerra civil de 1936 y es para muchos una joya en la memoria de nuestro pasado.

Juan Pablo II se refirió a Victoria como la primera mártir de la guerra civil española, que llegaba a los altares, “**desde el trabajo abnegado como maestra**”.

Era hija única y, destinada al pueblo cordobés de Hornachuelos, se fue a vivir allí con sus padres. Se implicó de lleno en la promoción humana de la gente, compromiso que vivió hasta sus últimas consecuencias. Muy querida por todos, su único delito fue acoger a la madre del párroco, cuando los milicianos asaltaron la parroquia y se lo llevaron, dejándola sola.

En la madrugada del 12 de agosto de 1936, la joven maestra fue conducida, junto a 17 hombres, para emprender una marcha de 12 kilómetros sin vuelta posible. Para colmo, perdió un tacón en el trayecto, lo que hizo más difícil avanzar por aquel terreno abrupto. Este camino la convierte en una mujer excepcional. Ahora no es sólo la maestra sencilla y acogedora; es una **mujer de fe**, que marcha con la fuerza del **convencido**, que sabe cargar **con los miedos propios y ajenos**, dando valor a todo el grupo: “**ánimo**”, es su palabra constante. “**¡Animo, adelante!**”. Victoria había escrito que “**creer bien y enmudecer no es posible**”, que no hay lugar para la cobardía. Y lo creyó hasta dar la vida. Todos los hombres fueron cayendo, de un disparo, al pozo abandonado. A ella la dejaron la última, dándole la oportunidad de salvarse si renegaba de su fe. La oferta fue inútil.

Juan Pablo II, durante su beatificación en octubre de 1993, citó la encíclica “Veritatis Splendor” y afirmó que, en los mártires españoles, se habían cumplido las palabras del Evangelio: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. “Son mártires, es decir, testigos de la *verdad* y de la *libertad*... Con su sacrificio, el mártir grita ante el mundo, su propia elección libre, de la verdad de Dios. Esta es la fuerza del amor, un amor más fuerte que la muerte.”

Ante el asombro de muchos, una gran fotografía de Victoria, con sus largos pendientes, estilo años veinte, sonreía desde la fachada de San Pedro. Algo que no habría podido, ni soñar, cuando entregó su vida en una **escala** madrugada, después de recorrer el último tramo a pie, entre hombres, compartiendo su misma suerte **como siempre**.

Octubre 07

